

## **¿Crisis o decadencia? Hipótesis sobre el significado histórico de algunas transformaciones recientes de la sociedad argentina**

*Alfredo Raúl Pucciarelli*

### **La estrategia de crecimiento invertido**

LA AGUDA RECESIÓN desencadenada por la última crisis mexicana parece haber clausurado, abruptamente, no sólo el breve ciclo de crecimiento económico de la primera etapa del Plan de Convertibilidad Monetaria del ministro Cavallo sino, sobre todo, la infundada ilusión de bienestar recuperado y de próspera estabilidad que había despertado, en su momento y por distintas razones, en diversas clases y sectores de la sociedad argentina. Ya no es posible ocultar la reaparición, bajo otras formas y dentro de un nuevo contexto social, de la mayoría de los viejos problemas endémicos de nuestra economía: estructura productiva segmentada y desequilibrada, funcionamiento inestable, creciente dependencia y vulnerabilidad externa, crecimiento arrítmico y, como causa mediata de todo ello, escasa envergadura del proceso de acumulación de capital.

La incapacidad que demostró tener la sociedad argentina para resolver el núcleo estratégico de este conjunto de problemas, dio sustancia a una historia de conflictos y enfrentamientos que no ha sido relatada todavía. El lapso extendido entre el “Plan” de Martínez de Hoz y el comienzo del todavía vigente “Plan de Convertibilidad”, puede ser considerado el penúltimo periodo y, a la vez, el antecedente inmediato de la situación actual. En ese lapso, la economía se sumergió en un proceso autodestructivo tan complejo y profundo y la sociedad sufrió una mengua tan pronunciada que nuestro país adquirió, por sus propios méritos, un privilegio excepcional: se convirtió en un raro y casi único ejemplo de los extraños procesos de acelerada y aguda involución que afectan

muy de tanto en tanto, y por razones no muy conocidas, el devenir de los países capitalistas medianamente desarrollados. En el quinquenio 1965-1970, cuando comienza, a nuestro juicio, el proceso de agotamiento del “modelo sustitutivo de importaciones”, el pbi/pc de Argentina significaba 34% del de los Estados Unidos, mientras que el mismo indicador era de 22% en Brasil y de apenas 13% en Corea del Sur. Veinticinco años después, nuestro país, con 6 800 dls. p/c descendió al 24%, mientras Brasil, con 5 700 dls p/c se ubicó apenas por debajo del argentino y Corea del Sur, que creció espectacularmente hasta 12 500 dls/pc, casi duplica nuestros valores y llegó a representar el 50% del pbi/pc estadounidense (A. Minujin y G. Kessler, 1996:26). Aspiazu y Notchef (1994) analizan, por su parte, algunos de los rasgos internos de esa tendencia y confirman, con cálculos estadísticos globales, lo que ya sabíamos en forma fragmentaria; durante el periodo 1974-1992 la economía argentina tuvo un pésimo desempeño; en ese lapso declinaron con un mismo gradiente la producción, la productividad y la inversión de capital, acompañadas por una caída más pronunciada aún del ingreso real del sector laboral.<sup>1</sup> Algunos autores elaboran diagnósticos aún más severos (A. Borón, 1995; Minsburg y Valle, 1995; Barbeito y Lo Vuolo, 1992).

La declinación económica, unida a la expansión del capital financiero y al crecimiento descomunal de la deuda externa, vinieron asociadas además a la creciente profundización de un proceso de concentración de la propiedad, del capital y de los ingresos, que por su gran envergadura y sus efectos devastadores sobre los modos de vida y de consumo de nuestra sociedad no registra ningún antecedente similar en la historia de la Argentina moderna. En 1976 se dispara una nueva tendencia de “empobrecimiento” de la mayor parte de la sociedad, que marcha estrechamente relacionada con un nuevo mecanismo de redistribución regresiva de la renta nacional. La participación de sueldos y salarios en el ingreso total descende un 30% en quince años mientras que, en concordancia con ello el sector de la sociedad que recibe los más altos ingresos (ubicados en el 10% superior de la escala) incrementa nada menos que un 25.6% su parte en la distribución total; asciende de 28.1% a 35.3% en el mismo lapso de tiempo. Como contraparte, la población que percibe emolumentos ubicados en el estrato medio e inferior de la escala (que

<sup>1</sup> El debate aún incipiente que este problema ha generado recrea con nuevos conceptos y en un nuevo contexto, la vieja confrontación histórica entablada entre “liberales” y “desarrollistas”. Asimismo, la insuficiente inversión de capital como causa fundamental de la última crisis ha sido señalada por economistas de diferentes ideologías. Véanse: R. Frigerio (1995); R. Curia (1995); M. Herrera (1995); D. Aspiazu (1994); J. Schwarzer (1995); R. Astarita (1994) y J. Castañeda (1995).

en conjunto deben reunir no menos de 95% de la población total) disminuyen su participación 9.2% y 14.9% respectivamente (L. Beccaria, 1991).

Como es sabido, la exitosa aplicación del plan de reformas estructurales que llevó adelante el ministro Cavallo permitió resolver, por lo menos durante un lapso, varios de los componentes estratégicos del complejo problema económico del periodo anterior: se eliminó la inflación y la estabilidad de precios lograda; unida a la desregulación y la reducción del déficit fiscal creó un ambiente propicio para el ingreso de un importante volumen de capital financiero externo que, desalentado transitoriamente por la caída de las tasas de interés en los países centrales, desarrolló en Argentina estrategias de inversión de corto plazo. La expansión del consumo interno, unida a los urgentes requerimientos de modernización de las grandes empresas privatizadas y a la expansión de las exportaciones, básicamente agroindustriales, dentro del Mercosur, incentivaron durante cuatro años un significativo incremento de la inversión de capital, especialmente en las grandes empresas industriales. La inversión desató un proceso de modernización tecnológica que se tradujo, a su vez, en un sustancial aumento de la productividad y de la producción, especialmente en algunos sectores de la economía. Durante ese corto periodo de bonanza, la estabilización y el resurgimiento de la economía fueron asociadas a la vigencia del conjunto de nuevas reglas económicas que fue imponiendo el nuevo plan de reformas y, sobre todo, al mantenimiento del equilibrio fiscal y de la "convertibilidad monetaria". Pero ambas sólo pudieron ser sostenidas gracias a la aparición de un flujo de ingresos extraordinarios y transitorios, proporcionados por la liquidación de las grandes empresas del Estado. En ese nuevo contexto, la producción creció a una tasa promedio de 7.7% anual (CEPAL, 1995; P. Bustos, 1994; Gerchunoff y Machinea, 1994; R. Frenkel *et al.*, 1996; Gerchunoff y Cavanese, 1996).

Sin embargo, antes de que la crisis mexicana provocara su efecto recesivo, la economía ya había comenzado a desacelerarse. El alza de las tasas de interés en el mercado externo, a principios de 1994, interrumpió el flujo de capitales extranjeros, y el agotamiento de ingresos extraordinarios proveniente de las privatizaciones produjo la reaparición del déficit fiscal. Por esa causa, la emigración masiva del "capital golondrina" transformó lo que debió ser un periodo de falta de liquidez y dificultades financieras, en un nuevo tipo de ciclo recesivo que conjugó por primera vez una fórmula potencialmente explosiva: fuerte reducción del consumo y de la producción con altos índices de desocupación, expansión del déficit fiscal y crecimiento incontrolado de la deuda externa pública. Por esa causa, hemos comenzado a considerar a algunos de los nuevos comportamientos que se observan en este modelo como reiteraciones veladas, es decir,

como manifestaciones diferentes de la reaparición de viejos problemas no resueltos. Las enumeramos someramente.

Continúa manteniéndose una enorme brecha entre las tasas de ahorro y de inversión de capital. El proceso de acumulación de capital es como en los modelos anteriores: totalmente insuficiente. Durante el breve periodo de prosperidad, la expansión del consumo, el crecimiento de la producción y el incremento de la productividad en algunas ramas y tipos de empresas, se basó tanto en la inversión privada directa como en el ingreso masivo de capital financiero de corto plazo y en el incremento de la deuda externa. Aunque no conocemos la proporción de los aportes de cada una de esas fuentes, sabemos que el papel central fue desempeñado por el capital financiero externo, que no sólo se aprovechó del aumento de beneficios que generó el crecimiento de la producción, sino que se convirtió en motor central de su desarrollo. Si hubiera ocurrido de otro modo no se podría explicar ni la súbita recesión económica, ni la caída de las inversiones directas ni la expansión de la deuda externa que acompañó su intempestivo retiro de nuestra plaza financiera (P. Maas, 1996).

La vulnerabilidad externa de este nuevo esquema de mercado no regulado, parece ser mucho más profunda que en los modelos anteriores. Algunos de los rasgos de esa vulnerabilidad pueden atribuirse al mayor grado de heteronomía que tienen las economías periféricas en el nuevo contexto mundial regido por las leyes de la globalización. Sin embargo, otras obedecen a nuestra dinámica interna, es decir, al resurgimiento periódico del déficit comercial, a la necesidad de incentivar inversiones externas de cualquier tipo y origen destinadas a compensar como se pueda la escasez crónica de divisas fuertes y de capital local, y al incesante incremento de las obligaciones financieras generadas por la expansión de la deuda externa. La deuda pública total (interna y externa) de Argentina sumaba un poco más de 88 000 millones de dólares a mediados de 1996. A pesar de la quita del Plan Brady y de los casi 25 000 millones de dólares recaudados por privatizaciones, subió casi 26 000, es decir 41% desde el comienzo de la presidencia de C. Menem. La deuda externa total (privada y pública) creció 57% durante la vigencia del plan de convertibilidad que sumaba en la misma fecha 91 467 millones de dólares. Si no se agregaran nuevas obligaciones y el endeudamiento cesara este año, habría que devolver a la banca internacional 40 598 millones de dólares antes del año 2001, a un promedio aproximado de 9 300 millones por año.<sup>2</sup>

La vulnerabilidad que proviene del exterior se agrava con otro factor: el déficit de la balanza comercial externa provocado por el gran crecimiento de las importaciones de bienes de consumo sumada a la expan-

<sup>2</sup> Véase el diario *Clarín* del 26 y 27 de junio, y del 19 de julio de 1996.

sión de la importación de bienes de capital, durante los periodos de auge de la producción. El déficit de la balanza comercial genera, como en el pasado, una creciente dificultad para importar y la amenaza de una severa disminución del fondo de reserva de moneda extranjera que funciona como garantía del plan de convertibilidad monetaria. Con déficit comercial y baja capacidad de endeudamiento, tiene enormes dificultades para desplazar el problema hacia adelante, sin pagar altos costos económicos y financieros. Esta fuerte limitación y la incapacidad de hacer crecer adecuadamente las reservas monetarias vuelve a generar un clima de incertidumbre que posterga decisiones de compra, reduce el mercado, baja el ritmo de inversiones y desalienta nuevos emprendimientos. La incertidumbre provoca una significativa reducción de la actividad económica y convoca un antiguo fantasma del pasado: la inestabilidad. En el ciclo denominado de *Stop and Go* del modelo sustitutivo de importaciones, el factor emergente y, a la vez, desencadenante de la inestabilidad era la inflación, y su secuela la modificación del esquema de precios relativos (D. Alejandro, 1970; O. Braun, 1971). En el actual modelo de estabilidad monetaria, el factor que cumple la función desestabilizadora—después de un ciclo transitorio— tiene efectos sociales aún más graves que la inflación: el explosivo crecimiento de los índices de desocupación.

A pesar de las reformas realizadas, la integración de la estructura productiva continúa siendo tanto o más deficiente que la heredada del modelo anterior (A. Ferrer, 1965; M. Diamand, 1988). Como en la mayoría de las etapas precedentes, en la actualidad el sector agrario se amolda a las nuevas exigencias del mercado externo explotando la alta productividad natural de nuestro suelo con nuevas tecnologías adaptativas y elevando la productividad hasta niveles muy similares a los registrados en el ámbito internacional. A la producción de las materias primas alimenticias tradicionales se suma ahora un renovado sector agroindustrial que aprovecha la gran disponibilidad de materia prima relativamente barata para potenciar esa ventaja comparativa con importantes desarrollos tecnológicos, disminuir costos y competir con ventaja, especialmente en nuestro mercado regional. Fuera de estos sectores, y salvando algunas importantes excepciones en el sector metalmecánico, el resto de la economía se va desarticulando, incapaz de invertir y modernizarse para exportar, pero también para competir con los bienes manufacturados de origen importado que han inundado el nuevo mercado interno, desprotegido y desregulado.

Cuando adquiere cierta envergadura, el incremento de la productividad obedece, en la inmensa mayoría de los casos, a la adopción de innovaciones tecnológicas destinadas a modernizar los procesos productivos y de gestión en algunas de las ramas tradicionales de la producción.

Pero, del mismo modo que lo hizo en el pasado, la inversión de capital no se dirige ni a la producción de bienes de capital, ni al desarrollo de las nuevas ramas generadas por la última revolución tecnológica. Los grupos más innovadores continúan batallando para alcanzar, muchas veces infructuosamente, los niveles de productividad internacional en las ramas textil, petroquímica o automotriz, cuando el núcleo dinámico del capitalismo contemporáneo se ha desplazado hacia la informática, la telemática, la robotización, la biotecnología, etc. Nuevas ramas que tienen un lugar insignificante, o no tienen alguno en las estrategias de desarrollo de nuestro sector empresarial, mediano o grande, nacional o extranjero. Por esta razón, los incrementos de productividad que se registran periódicamente no han podido impedir que siga aumentando la brecha tecnológica que nos separa de los países industrializados, ni impedir que se acentúe uno de los rasgos centrales de nuestra economía: el endémico atraso relativo de la estructura productiva.

En un ensayo más o menos reciente, Hugo Notchef (1994) denomina “transformaciones adaptativas” a esas estrategias tecnológicas y de acumulación de capital, predominantes en países semiindustrializados que, como el nuestro, no han podido superar su atraso endémico ni intensificar sus muy moderados ritmos de crecimiento. Finalizado el breve periodo de prosperidad de la primera parte de esta década, tenemos sobradas razones para considerar que el alto tributo impuesto a la mayoría de la sociedad, primero con la recesión y luego con la sucesión de “planes de ajuste”, ha servido principalmente para lograr ese fin, para elaborar una estrategia defensiva destinada a mantener congelada y relativamente inmodificada nuestra tradicional posición marginal en el ámbito internacional. Se trata de un nuevo tipo de capitalismo periférico que, en el mejor de los casos, parece haber sido exitoso para adaptarse a las reglas del juego establecidas por un nuevo contexto mundial “globalizado”, pero que continúa siendo impotente para liberarse de las trabas que viene arrastrando desde su origen.

La industria nacional no sólo se mantiene confinada, como decíamos, dentro de las áreas menos dinámicas del capitalismo contemporáneo, sino que aún dentro de ellas no ha podido ponerse a tono con las estrategias predominantes en el ámbito internacional: tal como lo ha venido señalando Katz y Kosakoff (1989), B. Kosakoff (1994 y 1996) y J. Schwarzer (1996), en textos sucesivos; no ha podido desarrollar todavía ni siquiera la construcción de lo que algunos especialistas han dado en llamar “nuevas cadenas productivas”, estrategias de mayor complejidad tecnológica que, sin provocar un cambio radical de la estructura productiva podrían mejorar su mediocre desempeño, generando mayor valor agregado, aumentando la ocupación de mano de obra, elevando la competitividad de la

producción nacional en el mercado interno y mejorando la posición estratégica de nuestras exportaciones en el mercado regional. Los estudios de situaciones específicas realizados por varios economistas hace algunos años, determinaron que esas fases de “complejización” de los procesos productivos en algunas ramas de la industria habían comenzado a plasmarse y ya eran evidentes en la década de los años setenta, sin embargo, fueron desarmadas lenta pero implacablemente durante el posterior proceso de “desindustrialización” (Aspiazu *et al.*, 1989; Notcheff, 1991).

Con el concepto de “crecimiento invertido” que hemos adoptado para titular este apartado, R. Lavagna trata de destacar, desde una perspectiva complementaria, las contradicciones que alberga un proceso de crecimiento económico que acentúa en su propio movimiento el atraso y aún la regresión de la estructura de la producción industrial. Comparando la evolución durante los últimos quince años del “contenido del valor agregado” que se generó en distintos sectores industriales, comprobó que aparecen graves retrocesos en los sectores más complejos (equipo de transporte, maquinaria eléctrica, plásticos y químicos) y sensibles crecimientos en el aumento del valor agregado en los sectores más simples (petróleo, hierro y acero).<sup>3</sup>

Este proceso de creciente “simplificación” de las metas y de las estrategias de producción industrial, que caracteriza al nuevo modelo de adaptación sin transformar de manera profunda la estructura productiva actual, ha comenzado a expresarse también en la forma de reintegración de nuestra economía en el mercado mundial. Las cifras publicadas recientemente por el INDEC revelan un asombroso e inesperado proceso de “primarización” de las exportaciones en detrimento de los productos de mayor valor agregado; mientras las ventas de manufacturas de origen industrial cayeron 3%, las de los productos semielaborados aumentaron 16%, las de manufacturas de origen agropecuario 15% y las de combustibles nada menos que 35%. Si se agrupan según su nivel de elaboración, el mismo fenómeno aparece aún más acentuado: Los productos con escaso o nulo nivel de elaboración representan el 26% de las exportaciones y, sumados al 23% formado por las manufacturas de bajo nivel de elaboración, nos indica la predominancia absoluta de la producción de alimentos y materias primas semielaboradas en la estructura total de las exportaciones. En el extremo opuesto, apenas 2.7% de esas exportaciones se halla compuesto por manufacturas de muy alto grado de elaboración (Montenegro, 1996a).

<sup>3</sup> El nuevo trabajo de R. Lavagna, presentado como ponencia con el título “Industria argentina: ¿cambio invertido?”, fue analizado por M. Zlotogwiazda en su columna económica del diario *Página 12* del 21 de diciembre de 1996.

### **Construcción de un nuevo consenso: la revolución conservadora**

Una economía débil, acosada por factores externos incontrolables, que sufre desequilibrios tan periódicos y tan profundos y que cuando crece adaptativamente sólo parece reproducir, con nuevos comportamientos, las condiciones esenciales de su original "simpleza estructural", sólo puede sobrevivir consumiendo más energía social que la riqueza económica que genera. Por ello, en fuerte contraste con lo ocurrido en todas las experiencias pretéritas, a medida que se desarrolla va generando una creciente disociación entre crecimiento económico y bienestar social. Los mecanismos estrictamente mercantiles de reasignación de recursos operan en ese sentido: acentúan aún más el proceso ya iniciado en el periodo anterior de concentración de la propiedad, del capital y del ingreso nacional. La distribución del ingreso se vuelve cada vez más regresiva: el reducido grupo que recibe los más altos emolumentos va reuniendo una porción cada vez más alta del ingreso nacional en detrimento del resto de la población, que lo pierde en un porcentaje equivalente. En 1974, 28% del ingreso total iba a parar al sector de altos ingresos, quince años después ese valor había ascendido al 35% y durante el transcurso del plan de convertibilidad se elevó hasta el 38% del total, (Beccaria y López, 1996b; D. Mutchnik, 1996).

Por su parte, la población incluida en alguna de las "situaciones de pobreza" características del momento actual, que representaban en 1974 29% de la población total del conurbano bonaerense, se eleva a un vertiginoso ritmo promedio de 2.5% durante quince años y alcanza nada menos que 41% de ese total a fines de la década de los ochenta años (Beccaria y Vinocur, 1991:cuadro 4). La eliminación del "impuesto inflacionario" que generó la estabilidad monetaria, produjo una sensible disminución de algunas de esas "situaciones de pobreza" durante el periodo de crecimiento económico 1991-1994, razón por la cual, el valor registrado al inicio del plan de convertibilidad desciende significativamente durante tres años consecutivos y llega a ubicarse alrededor del 23%, según las diversas estimaciones realizadas.<sup>4</sup> Pero después de haber logrado retrotraer, durante ese corto ciclo de fugaz prosperidad, la situación de pobreza a los niveles de 1987, la tendencia vuelve a modificarse y la expansión de la pobreza parece convertirse en un nuevo rasgo estructural tan perma-

<sup>4</sup> Los valores calculados por Minujin y Kessler (1995:cuadros 4 a 6), resultan alrededor de 9% más elevados que los datos elaborados para el mismo periodo y para los últimos años por M. Montenegro (1996b y 1996c) en artículos periodísticos especializados.

nente como difícil de arraigar; el índice actual (31%) vuelve a equipararse con el de 1991 y es 50% más alto que el de 1980, sólo menor al del ciclo hiperinflacionario suscitado en 1989-1990.

Esta fatal combinación entre empobrecimiento general de la mayoría de la población con redistribución regresiva del ingreso, que ya había analizado Beccaria (1991) en el periodo de declinación económica y que pareció haberse detenido, en parte, durante los primeros años del plan de convertibilidad, retornó con más fuerza y articulada además, a otros nuevos procesos concomitantes: el muy fuerte crecimiento y consolidación del sector denominado de “nuevos pobres”, el crecimiento del sector de “indigentes” entre los denominados “pobres estructurales” y el crecimiento explosivo de los índices de desocupación (Feldman y Murmis, 1992; Minujin, 1992; Minujin y Kessler, 1995; Beccaria y López, 1996b).

En efecto, la reducción del aparato del Estado, la racionalización de las empresas privatizadas, la adopción de innovaciones en las grandes empresas, la liquidación de una gran cantidad de pequeñas empresas y la quiebra de las economías regionales que provocó la apertura comercial indiscriminada, produjo un fulminante crecimiento de la desocupación, un indicador que se había mantenido hasta ese momento en niveles realmente moderados, aun en los ciclos de franca recesión de las décadas anteriores. El valor de los índices publicados actualmente han terminado por convencernos que la desocupación llegó para quedarse, no es un fenómeno transitorio ni producto determinante de “la globalización”; tampoco obedece, como lo afirman los neoliberales más ortodoxos, a la anacrónica supervivencia de ese conjunto de conquistas que definieron las condiciones de trabajo y la situación obrera en épocas pasadas. Al igual que la inflación, en el modelo anterior, la desocupación se ha convertido, de un lado en mecanismo de reequilibrio de la marcha de la economía y por otro, en un componente central de su estructura.

Repasemos sólo algunos datos fundamentales. El índice de desocupación abierta, que a pesar de la aguda recesión del segundo lustro de la década del ochenta, se mantenía oscilando alrededor del 6%, comienza a crecer sensiblemente durante la primera etapa del plan de convertibilidad y aumenta de manera impresionante hasta 16.4%, cuando a la consecuencias que sobre el empleo venían generando los procesos de racionalización emprendidos, se le sumaron los efectos producidos por la recesión de 1995. El problema tiene características estructurales y sigue su curso con independencia de las oscilaciones de la economía: a pesar de la sensible recuperación de la actividad industrial registrada últimamente, el número de desocupados creció 8.2% en sólo un año y elevó el índice al 17.3% de la población activa total. Como la población subocupada, impulsada

por la expansión de las nuevas formas de contratación a tiempo parcial y por el cuentapropismo precario, creció en forma aún más acentuada hasta 13.6% de la población activa, el desempleo ha llegado a un punto récord de 30.9% de la población activa total.

Esto significa que existen en la actualidad 3.8 millones de personas con problemas para conseguir empleo o para trabajar una jornada completa. Si a ello se le suman 2.6 millones que, según los cálculos de algunos especialistas se desempeñan en ocupaciones de baja o nula productividad, denominados subocupados invisibles o encubiertos, el volumen de personas que tienen algún problema de empleo en la Argentina actual alcanza a la mitad de la población activa total.<sup>5</sup> Con esta brutal involución, un país que en 1980 tenía el índice de desempleo más bajo de América Latina, se ha colocado al tope de la tabla, duplicando tanto el valor promedio del continente como el de los países ubicados en el escalón inmediato inferior (Tokman, 1996). Tiene, además, el cruel privilegio de integrar el pequeño grupo de países con más altos índices de desocupación del mundo, sólo superado por Irlanda, España, Rusia y algunas otras naciones ex socialistas en transición hacia el capitalismo.

Para los economistas neoliberales, la abrupta irrupción de la "hiperdesocupación" en una economía acostumbrada a funcionar en situaciones próximas al pleno empleo, obedece a varias causas internas y externas, pero dentro de ese conjunto destaca una en especial: las grandes transformaciones que en la estructura de nuestro mercado de trabajo han provocado el desarrollo tecnológico de los países centrales y las nuevas formas de funcionamiento del sistema capitalista mundial en el contexto de la "globalización".<sup>6</sup> Sin embargo, aunque existen evidentes similitudes y concordancias entre los cambios producidos en nuestro país y las nuevas tendencias imperantes en el mercado de trabajo de las grandes naciones del mundo, muchas de ellas resultan sólo superficiales. En los países centrales, la desocupación es producto principalmente del impresionante crecimiento de la productividad social del trabajo, mientras que en Argentina obedece a causas y procesos históricos sensiblemente diferentes. En primer lugar, es consecuencia de los procedimientos utilizados desde el poder político institucional para imponer de modo fulminante la transformación del modelo de industrialización sustitutiva (Monza, 1995).

<sup>5</sup> Todos los análisis que tomamos en consideración se basan en las cifras oficiales publicadas por IMDEC. Véanse, entre otros, Beccaria y López, 1996; Ismael Bermúdez, "La situación laboral", en *Clarín*, 4/XII/96; *Clarín Económico*, 28/VI/96 y 22/XII/96; *Página 12*, 14/XI/96 y *Cash*, (suplemento económico de *Página 12*), 8/IX/96.

<sup>6</sup> Véase O. Giordano; C. Pessino y R. López Murphy y su confrontación con otras interpretaciones en *Cash de Página 12*, del 7/XII/96.

En segundo lugar, debe ser estrechamente asociado a la lógica de funcionamiento de un nuevo modelo de acumulación que no se apoya, como el anterior, en el aumento de la capacidad de compra de los trabajadores y consecuentemente en la expansión y complejización del mercado interno, sino en lo contrario: en la reducción de los costos de producción hasta un punto en que permitan competir con la producción externa, por medio de reducir el valor real de los salarios directos y eliminar casi todas las formas de salario indirecto implantados en aquel periodo.<sup>7</sup>

En tercer lugar, es necesario aceptar que ya no es posible vincular, como lo hacíamos en el pasado, crecimiento económico con mayor y mejor ocupación (Feldman y Murmis, 1995). Pero esa disociación obedece menos a la “desocupación tecnológica” predominante en los países centrales, que a la forma errática de nuestro crecimiento dentro de un marco de inestabilidad e incertidumbre y a las características que va adoptando nuestra estructura productiva en medio del proceso de restructuración: a un modo de crecer con “cambio invertido” que no incluye el riesgo empresarial, las grandes inversiones de capital, los complejos desarrollos tecnológicos, ni requiere grandes volúmenes de mano de obra debido a que, la mayoría de ellos se basa en la explotación de distinto tipo de posiciones monopólicas, rentas diferenciales, control del mercado y especialmente ventajas de origen extraeconómico generadas mediante complejos procesos de “corrupción” política y estatal. Y esto con otro beneficio: la fuerte reducción de la demanda de trabajo crea las mejores condiciones sociales para aproximarse al máximo objetivo: reducir el costo laboral, deteriorando el ingreso y las formas de desempeño de la fuerza de trabajo.

Ello explica que al aumento de los niveles de desempleo se agreguen ahora la “vulnerabilidad”, la “precariedad”, la “inestabilidad”, la “clandestinidad” y la caída de las remuneraciones como parte de un paquete, que bajo el engañoso rótulo de “flexibilización”, ha producido un profundo deterioro de las condiciones de vida y de trabajo de la inmensa mayoría de la población (Beccaria y López, 1996b; Feldman y Murmis, 1996). En la actualidad, sólo tres de cada cinco personas ocupadas disfrutan de lo que podríamos llamar una buena calidad laboral (estabilidad, remuneración media, sindicalización, etc.), pero sólo dos de esos tres trabajadores estables son “trabajadores formales”, es decir que se hallan protegidos por la legislación vigente. El resto, o sea tres de cada cinco personas ocupadas forman parte de un mercado semiclandestino donde han dejado de existir, además de la estabilidad, el salario mínimo, los convenios colectivos, la seguridad social y los aportes para la previsión.

<sup>7</sup> Véase A. Caro Figueroa, en *Clarín Económico*, 7/VII/96.

Sin embargo, los problemas surgidos de la baja capacidad de absorción de mano de obra no son nuevos y, si alguna vez hubo en Argentina algo similar a una situación de pleno empleo, ello no obedeció ni a las estrategias empresariales de crecimiento económico ni a los requerimientos predominantes en el mercado de trabajo. La ubicación en el centro de la escena de un nuevo conjunto de instituciones no económicas, que comenzaron a encarar la cuestión del empleo con criterios políticos y sociales, impidieron que la debilidad de la demanda se tradujera en altos niveles de desocupación, tal como había ocurrido en la mayoría de los países latinoamericanos. En el marco de su polémica histórica con los intelectuales y políticos “eficientistas y antidesarrollistas”, M. Diamand (1973), entre otros economistas industrialistas de la época, plantea la cuestión del siguiente modo:<sup>8</sup> mientras las actividades agropecuarias, afirma, puedan explotar eficientemente los recursos naturales disponibles, obtener buenos márgenes de ganancia, asegurar niveles mínimos de crecimiento y satisfacer toda la demanda de trabajo existente, la inserción internacional basada en la explotación intensiva de las “ventajas comparativas” de la región pampeana, puede resultar adecuada y beneficiosa en el mediano plazo para un país periférico y no industrializado como el nuestro. Sin embargo, como ya ha sido suficientemente demostrado, después de la crisis del año treinta, esas condiciones dejaron de regir en Argentina. La producción primaria dejó de generar crecimiento y de asegurar el empleo a un volumen cada vez mayor de mano de obra disponible.

Por ello, a partir de la postguerra, el Estado impulsó un nuevo proceso de industrialización que permitió explotar los recursos ociosos desestimados o subutilizados por el sector agropecuario: excedentes de capital y grandes contingentes de mano de obra real o potencialmente desocupada. Como es sabido, durante todo su desarrollo, la industrialización por sustitución de importaciones se realizó con una productividad sensiblemente menor a la del sector agropecuario, dando lugar a la conformación de una estructura productiva fragmentada y desequilibrada que mostró, desde los inicios de la década del cincuenta, muy graves problemas de funcionamiento. Pero, como a pesar de esto último, la producción tradicional no se vio afectada y las nuevas actividades permitieron aumentar el valor del producto bruto del país, ocupando toda la mano de obra disponible, la expansión de un sector industrial de menor

<sup>8</sup> Más adelante reproducimos en forma extremadamente sintética la argumentación de este autor, expuesta en los capítulos 2 al 4 de su texto más importante: *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia*.

productividad comparativa significó en ese momento la asignación de recursos, lo más eficiente posible dentro de las restricciones que había generado su propia evolución histórica. Pero, tal estrategia sólo resulta justificable —concluye Diamand— si facilita el desarrollo de la propiedad que es inherente a todo proceso de industrialización y consiste en llevar por el mero transcurso del tiempo a un progresivo aumento de la productividad, tanto del sector industrial como del conjunto de la economía.

Esta política, decididamente industrializada, fue instrumentada originalmente, como ya se ha reiterado, por “el peronismo”, un movimiento político apoyado por una convergencia de clases y sectores diversos, donde no predominaban los empresarios precisamente. Un conglomerado social que tuvo la virtud de convertirse, por medio de la acción política, en un nuevo bloque de poder que supo utilizar el aparato estatal para desplazar a la antigua clase dominante y promover en su reemplazo una especie de pacto social más amplio entre la gran mayoría de los sectores y clases de la nación, basado en la aceptación de una nueva fórmula: mayor nivel de ocupación, mejor nivel de ingresos de los sectores populares, expansión del mercado interno y penetración de una nueva cultura de la producción industrial.

Este nuevo consenso, que congregó efectivamente detrás de la concepción industrialista a la gran mayoría de los sectores sociales constituidos y en proceso de constitución del país, fue consolidándose progresivamente, a pesar de haber sido procesado con diferentes fórmulas políticas. Uno de los elementos que más contribuyeron en ese sentido fue la aceptación explícita de la última premisa formulada por Diamand: aunque en sus primeros momentos, la expansión acelerada de un sector industrial poco productivo creaba una estructura económica excesivamente protegida y fuertemente desequilibrada, los procesos de acumulación de capital propios de esa expansión, irían generando o adaptando nuevos desarrollos tecnológicos para llegar a colocarse en un nivel de eficiencia y productividad por lo menos equivalente al del sector agropecuario.

Pero aunque el núcleo esencial de la acumulación de excedentes industriales fue realizado, tanto por la lógica de su propia actividad como por la transferencia de excedentes agropecuarios a través de la modificación de los precios relativos en el mercado y también de excedentes sociales por medio de los diversos subsidios y de otros tipos de “arreglos” establecidos con el Estado; éstos no fueron reintroducidos en el circuito productivo, no se utilizaron para expandir actividades ni para mejorar las existentes. La fuerte discrepancia que surgió entre el nivel de ahorro y el nivel de inversión se convirtió, como es sabido, en la

causa principal del escaso ritmo de crecimiento, y en el disparador de una feroz pugna distributiva y de una dramática confrontación política.

Cuando esta última llegó hasta su extremo político-militar produjo un cambio sustantivo en el horizonte conceptual que había generado el consenso original y permitió la "radicalización" de los argumentos esgrimidos por el sector liberal, antidesarrollista y antiproteccionista: se planteó, por primera vez, la necesidad de reformular radicalmente las políticas estatales que habían venido sosteniendo, tanto ese proceso de industrialización trunco, como los mecanismos de redistribución del ingreso que favorecían la posición relativa de los sectores populares. El argumento era parcial pero contundente, al no haber generado una adecuada dinámica de acumulación de capital y de crecimiento cualitativo de la actividad industrial, esa estrategia económica había transformado a la política de pleno empleo, consensuada originalmente en una nueva política de encubrimiento de diferentes formas de desocupación disfrazada, estatales y privadas.

Los primeros intentos de reformulación práctica de ese compromiso fueron realizados durante la última dictadura militar, pero no llegaron a plasmar totalmente ni a modificar decisivamente la correlación de fuerzas sociales enfrentadas por ese conflicto. La solución final y aparentemente definitiva debía esperar hasta el momento en que maduraran y entraran en mutua interacción varios procesos diferentes: de un lado, el efecto que la destrucción del aparato productivo y el largo periodo de declinación económica había producido sobre la naturaleza de las clases sociales, sobre sus formas de representación corporativa y, especialmente, sobre sus propias ideas dominantes; por otro, los cambios de conductas, de estrategias y de expectativas que impulsó la difusión de la impresionante sucesión de cambios tecnológicos, económicos, políticos e ideológicos, de distinto origen, generados en el nuevo ámbito de la globalización.

El cambio definitivo se produjo cuando el primer triunfo electoral nacional del presidente Menem le dio forma y consistencia a una nueva e inédita convergencia política e ideológica entre la clase dominante, la clase obrera y otros sectores populares. La construcción del nuevo consenso, que hace posible esta extraña alianza electoral, se basa en una premisa tan fundamental como antagónica de aquella que permitió consolidar la convergencia social del modelo anterior: la necesidad de corregir definitivamente el desequilibrio crónico de la estructura productiva, eliminando todos los emprendimientos individuales y colectivos, que no pueden ajustarse al nuevo patrón de productividad relativa, señalado por el sector agroexportador y por la competencia interna de las manufacturas internacionales. A la política de pleno empleo, que no pudo sostener la estrategia industrializadora, se opone y adopta ahora una nueva estra-

tegia que, sin eufemismos, podemos denominar “política de pleno desempleo”, en la medida que fomenta la destrucción de todas las actividades de relativa baja productividad que aún sobreviven, pero no genera ningún mecanismo de inversión de capital y de crecimiento significativo de la ocupación en las áreas de producción verdaderamente competitivas.

Por consiguiente, la cuestión central del empobrecimiento, la redistribución, la desocupación y, ahora, la exclusión y la concentración, tiene tanta dependencia de la marcha de la economía, de los vaivenes del mercado y de la influencia del mercado mundial como del modo en que la modificación de la anterior correlación de fuerzas sociales fue permitiendo el surgimiento de un nuevo tipo de poder económico y de una nueva clase dominante capaz de establecer un nuevo marco de alianzas para proyectarse con fuerza propia e ideas prestadas, aunque claramente definidas, dentro de un orden político que la contiene. Desde ese lugar elabora el “discurso de la urgencia económica” (Sidicaro, 1995) y con base en éste, un proyecto de transformaciones económicas y estatales tan radicales como socialmente regresivas, pero dotadas, a pesar de ello, de un consenso tan amplio y una legitimidad política tan consistente, expresada libremente en plena democracia, que la denominamos “revolución conservadora” para destacar sus ambigüedades y su carácter eminentemente contradictorio.

### **Las transformaciones recientes de la estructura social**

La decisión política de equilibrar la estructura productiva destruyendo a los núcleos más débiles y menos dinámicos de nuestra economía, heredados del modelo industrial sustitutivo, pero sin hacer crecer ni transformar cualitativamente a sus sectores antagonistas, enganchados a la nueva dinámica del mercado mundial, no sólo produce crisis polivalentes y recurrentes, también nos conduce, desde hace un tiempo, a situaciones inéditas de decadencia social, institucional, política y cultural. Más adelante nos ocuparemos de precisar ambos conceptos, en este apartado analizaremos los procesos que generan decadencia social, con el supuesto de que son prioritarios y constituyen el fundamento y el punto de partida del estudio de las mutaciones regresivas operadas en las restantes instancias.

Elaborar el mapa meramente descriptivo de las innumerables “situaciones de decadencia” que contiene actualmente nuestra sociedad es una tarea extensa y sumamente ardua, que exige la formulación de un extenso repertorio de hipótesis particulares, colocadas por ahora fuera de nuestro alcance. Sin embargo, es posible pensar cada una de ellas dentro de un contexto general que las contiene, les marca el ritmo de desarrollo y

les otorga una buena parte de sus significados. Nos referimos a la naturaleza de los cambios “regresivos” generados en nuestra estructura social por el profundo proceso de concentración de la propiedad, del capital, de los ingresos y del poder, llevado a cabo durante este periodo y analizado más arriba. Los presentamos por separado.

### **Polarización social**

La profundización del proceso de concentración de los ingresos ha generado, valga la imagen, un “ensanchamiento” y a la vez un “estiramiento” de la pirámide con la que se representa la composición por clases de la estructura social. La “expropiación” de ingresos directos e indirectos que vienen sufriendo los sectores medios y bajos de la sociedad, ha provocado un intenso proceso de movilidad descendente que tiene tres características: se ha degradado la condición social de los sectores pobres; se han empobrecido sectores sociales ubicados anteriormente en posiciones medias o medias-bajas de la escala; se ha constituido un nuevo conglomerado de sectores populares de diverso origen, que difiere de los anteriores tanto por su naturaleza como por su gran extensión.

La expansión va unida a la profundización absoluta y relativa de la pobreza; los pobres de la actualidad poseen menos recursos y éstos establecen una “distancia” económica y social mucho más amplia con las clases sociales ubicadas en el extremo opuesto de la pirámide. Esa distancia se acrecienta significativamente, a su vez, por efecto de un proceso inverso y equivalente: el enriquecimiento absoluto y relativo del reducido núcleo que habita en la cúspide. Para decirlo en términos corrientes, en la nueva sociedad argentina los ricos son igualmente numerosos pero mucho más ricos, los pobres son más pobres y mucho más numerosos y los sectores medios son más pobres y mucho menos numerosos. Si la magnitud y la relación de distancia social existente entre clases altas, medias y bajas pudiera expresarse a través de un coeficiente, diríamos que en contraposición con lo ocurrido durante la mayor parte de la historia del presente siglo, la sociedad argentina registra, en el transcurso de los últimos veinte años, un incremento intenso e inusitado de su “coeficiente de polarización social”.

El fenómeno es sumamente complejo y reconoce una variedad de causas aún no exploradas, pero se funda en el exasperante aumento del coeficiente de polarización distributiva de los últimos años: en 1972 el sector de más altas remuneraciones recibía ingresos que resultaban doce veces más altos que los del 10% más pobre; en 1995, cuando la pugna distributiva ya se había resuelto a favor de los más beneficiados, esa dis-

tancia se eleva a quince veces, pero los últimos datos elaborados demuestran que la brecha continúa abriéndose a un ritmo vertiginoso: en 1996, los ricos reciben beneficios que resultan 22 veces más altos que los ingresos percibidos por el estrato más pobre.

La ampliación de la brecha se explica tanto por el aumento absoluto de los ingresos percibidos en la cúspide como por la muy fuerte caída del nivel de ingresos medios recibidos por los estratos sociales más humildes. A medida que los pobres se van empobreciendo aún más, va creciendo en forma ininterrumpida, dentro de ese universo, la población indigente. De acuerdo a ciertos cálculos del periodismo especializado, 67% de los hogares de la capital y del Gran Buenos Aires recibe ingresos inferiores a los necesarios para solventar el costo de una canasta familiar (Zlotogwiazda, 1996). Dentro de ese inmenso grupo se han detectado, además, unas 175 000 personas que ya no tienen la cantidad de alimentos mínimos necesarios para asegurarse la reproducción normal de su vida. Constituyen un nuevo contingente de pobres “miserables” que se duplicó en los últimos dos años y ya resulta 25% más voluminoso que el que existía al comienzo del plan de convertibilidad (Montenegro, 1996c).

### **Segmentación social**

A pesar de su condición periférica y dependiente, el desempeño de la economía argentina desde fines del siglo XIX hizo posible el desarrollo de un “proceso de modernización social y cultural” muy avanzado, tanto que en algunas de sus etapas fue más complejo y trascendente que el modelo mismo de crecimiento capitalista que le servía de fundamento. Uno de los sostenes básicos de esa temprana “modernización periférica” fue la creación y posterior expansión de una compleja red de canales de movilidad social intergeneracional ascendente que hizo posible la constitución de un tipo de estructura social sumamente compleja y dinámica, dominada tanto por la incesante expansión de la clase media como por el crecimiento y la gran homogeneidad de la obrera. Si exceptuamos a las clases alta y media alta, podemos afirmar que las fronteras sociales existentes entre las del resto de la sociedad fueron abiertas y a la vez reducidas mediante el uso reiterado de esos múltiples mecanismos movilizados. Aparece de ese modo un fuerte rasgo de democracia social, de interpenetración de posiciones, ingresos, usos y consumos entre las clases más próximas que diferencia muy claramente a nuestra estructura de clases de la del resto de los países latinoamericanos.

Denominamos, entonces, “segmentación social” al proceso de descenso social y de confinamiento, dentro de sus propios ámbitos, de ciertos

sectores sociales ubicados por debajo de la clase media alta, producido por la eliminación de esa especie de espacio continuo y potencialmente transitable que caracterizó a las fronteras interclase de los periodos precedentes. Reproduciendo la misma lógica anterior pero en sentido inverso, las fronteras entre clases se ensanchan y adquieren un nuevo carácter abismal mediante la eliminación de los canales tradicionales de ascenso social y la ampliación simultánea de los de descenso social intrageneracionales. De ese modo, se trata de un nuevo mecanismo de reordenamiento social regresivo que está generando, entre muchas otras cosas, una profunda transformación de los ámbitos sociales y de las reglas de convivencia además de una progresiva extinción y subdivisión de los espacios físicos y simbólicos de interacción entre clases.

En este ámbito se insertan dos de las grandes cuestiones sociales de nuestra época, la creciente complejidad de las situaciones que acompañan a la expansión de la pobreza (Feldman y Murmis, 1992) y, dentro de ellas, la aparición de un anteriormente desconocido sector de “nuevos pobres” (Minujin y Kessler, 1995). En 1974, la mayor parte de las situaciones de pobreza se concentraba en el grupo de “pobres transicionales”, compuesto por hogares que tenían alguna necesidad básica insatisfecha pero recibían ingresos ubicados por encima de la línea de pobreza. Se trataba de pobres que con auxilio de políticas públicas adecuadas en materia de vivienda, salud y educación podían dejar de serlo; podían, —aunque parezca extraño— disfrutar, en su propio nivel, de alguno de los tantos mecanismos de movilidad ascendente que ordenaban los flujos sociales de la época mientras se mantuvieron vigentes esos tres grandes pilares de las consignas de “justicia social” impuestas por la política populista-distribucionista: mantenimiento del empleo, del ingreso real directo, expansión de los ingresos indirectos (es decir, derecho a vivienda, recreación, salud y educación mediante políticas estatales) (Marshall, 1988; Barbeito y Lo Vuolo, 1992).

Los planes de ajuste iniciados en 1975 comienzan a disminuir simultánea o alternativamente algunos de esos tres componentes básicos de la situación de relativo bienestar conquistado por los sectores populares, y provocan un abrupto cambio en la composición de la tendencia: a medida que crece la población pobre, disminuye acentuadamente el peso relativo de los pobres transicionales y crecen simultáneamente los que se empobrecen por caídas de sus ingresos, pero que no han perdido todavía el nivel conquistado de necesidades básicas satisfechas (pauperizados), y los que han perdido ambos atributos simultáneamente (estructurales).<sup>9</sup>

<sup>9</sup> Véase la explicación detallada de los criterios analíticos y metodológicos utilizados para abordar la complejidad de las situaciones de pobreza, Alberto Minujin (1992).

El proceso ya mencionado de violenta expansión de la pobreza, descansa casi totalmente en el crecimiento abrumador de los denominados “empobrecidos” o “nuevos pobres”, grupos sumamente heterogéneos de hogares en franco decaimiento, que a pesar de sus diferentes orígenes y modos de decaer, tienen dos elementos en común: están conformados por un amplio sector de familias económicamente “vulnerables” de clase media que, por su modo de vida anterior, mantienen todavía sus “necesidades básicas” satisfechas pero, ahora, obtienen ingresos ubicados por debajo de la línea de pobreza. Las mediciones realizadas en 1980 demuestran que, para esa fecha, era todavía un grupo poco significativo, reunía sólo 4.2% de la población total, pero en los diez años posteriores registra un explosivo crecimiento de 465% y llega a representar 18% de toda la población y casi 60% de la pobreza total en 1990 (Minujin y Kessler, 1995: cuadros 5 y 6).

Los datos de 1996, correspondientes al Gran Buenos Aires, muestran modificaciones significativas, tanto del peso relativo como de la composición interna del universo de la pobreza: debido a que una importante fracción del grupo de pobres “empobrecidos” continúa descendiendo, pasa a integrar el contingente de pobres “estructurales”; por esa causa, los primeros descienden de 18% a 10% entre 1990 y 1996, mientras que los segundos crecen de 16% a 21% del total de la población en el mismo lapso. Además, el proceso de descomposición de la clase media en su conjunto, ha avanzado a un ritmo tan intenso durante estos últimos años, es tan complejo y dinámico que para poder estudiarlo ha sido necesario elaborar nuevas distinciones analíticas. Se denomina ahora “sectores medios declinados” a aquellos que tienen necesidades básicas satisfechas pero reciben ingresos por debajo de la línea de pobreza. Y se diferencian, a su vez, de los “sectores medios en declinación” que tienen necesidades básicas satisfechas, reciben ingresos un poco mayores que los que delimitan la línea de pobreza, pero son extremadamente vulnerables; son propensos a ingresar en cualquier momento al universo de la pobreza, si se modifican levemente algunos de los tipos de ingresos que les permitían mantenerse en esa especie de equilibrio inestable que impone el crecimiento de la desocupación, la caída de los ingresos medios de los sectores populares y la “flexibilización” del mercado de trabajo.

Aunque estadísticamente corresponden al sector no pobre de la sociedad, en la realidad configuran una zona gris y ambigua de “casi pobres” instalada en la frontera del mundo de la pobreza que sube y baja en consonancia con la evolución de aquellos factores. En la actualidad, reúne nada menos que 3.1 millones de habitantes, o sea 29% de la población total del Gran Buenos Aires. Analizada con este criterio, la nueva composición de los sectores sociales de esta región presenta caracterís-

ticas realmente preocupantes: si la población definidamente pobre (21%) y la población "casi pobre" (29%) sumadas reúnen 60%, debemos aceptar que la población "no pobre" sólo reúne, en la actualidad, 40% del total. Si, en cambio, suponemos que 50% de la población "casi pobre" se halla tan cerca de la línea de pobreza que debe considerarse efectivamente pobre, el universo de la pobreza llega a reunir nada menos que 45% del total. En ese caso, la clase media estaría aportando no menos de 60% del nuevo contingente de hogares pobres de conurbano bonaerense.<sup>10</sup>

De cualquier modo, la suma de un tercio de los pobres estructurales con la totalidad de los sectores medios "declinados" y "en declinación", nos dice que casi 50% de la población del conurbano está recorriendo el camino de la movilidad en la ocupación y en lo social intrageneracional descendente. Están sufriendo por ello una mengua que es exactamente inversa y a la vez más extensa, intensa y profunda que la experiencia de logros y ascensos obtenidos por varias de sus generaciones anteriores. La mutación social que se está produciendo es tan profunda que ha generado un complejo ámbito sociocultural en pleno proceso de formación, no abordado todavía, a pesar de hallarse estrechamente ligado a la sustancia de nuestra reflexión.<sup>11</sup>

En ese contexto también encuentra su sentido la aparentemente inexplicable crisis, que no es otra cosa que un prolongado proceso de decadencia, sufrida por los grandes sistemas e instituciones diseñadas para cumplir con las funciones "integradoras" que le asignaron, tanto la ideología liberal de nuestra clase dominante, como las concepciones populistas de los "movimientos nacionales" del pasado. La degradación del sistema de educación pública, provocado deliberadamente por la implantación de ciertas políticas del Estado (Tenti, 1992 y 1993), es el ejemplo más elocuente. Ha dejado de recibir los recursos necesarios para funcionar adecuadamente porque, para la nueva concepción neoconservadora predominante, sus instituciones se han vuelto obsoletas y los grandes objetivos por los que fueron creadas se han extinguido: buscar la integración social y la identidad nacional favoreciendo la circulación social y la movilidad en el trabajo.

<sup>10</sup> Mario Wainfeld presenta estos datos en un artículo donde comenta un trabajo aún inédito de Artemio López, denominando "Pobres estructurales y nuevos pobres en el GBA". Véase *Página 12*, 3/XI/96.

<sup>11</sup> Desde hace un tiempo se ha venido produciendo una cierta cantidad de importantes trabajos de campo destinados a analizar el nuevo universo sociocultural de los sectores medios empobrecidos. Entre ellos, se destacan los estudios realizados dentro del amplio programa de investigaciones sociales impulsado por UNICEF. Véase, por ejemplo, Minujin y Kessler, 1995; M. C. Feijoó, 1992; J. Karol, 1992; J. Halperín, 1992; E. Tenti, 1993b; G. Kessler, 1996.

### **Fragmentación social**

La fuerte reducción de la estructura productiva, generada tanto por el proceso de declinación económica asociado a la “desindustrialización”, como por la posterior recuperación del crecimiento basado en la “simplificación” y “primarización” de las nuevas estrategias productivas, ha venido acompañada de una profunda transformación de las formas de organización técnica y social del trabajo. La estructura ocupacional del periodo industrial sustitutivo es sustancialmente modificada por una nueva tendencia dominante: la caída simultánea del empleo industrial (asalariado y no asalariado) y del trabajo asalariado (industrial y no industrial). La conjunción de ambos fenómenos provoca un desplazamiento de esa mano de obra “ prescindible ” hacia el sector de “trabajadores por cuenta propia”, en una magnitud equivalente al decrecimiento anterior. El tradicional universo constituido por los trabajadores “cuentapropistas” no sólo se incrementa a un ritmo intenso y persistente durante un largo número de años, sino que adquiere una gran complejidad por efecto de la permanente incorporación de nuevas estrategias productivas, o cuasi productivas, y la transformación de las antiguas actividades independientes (Torrado, 1992; Nun, 1989).

Aunque esa aparente superposición caótica de actividades heterogéneas en constante expansión resulta aún prácticamente desconocida, los datos fragmentarios, los testimonios y descripciones parciales ya realizadas, permiten aseverar que la gran mayoría de esos empeños no acompañan, como en los países centrales, un nuevo proceso de modernización social ni se crean para adaptarse a un nuevo proceso de desarrollo tecnológico destinado a elevar los muy bajos índices de productividad, característicos del atraso endémico de la economía argentina. Nuestro “cuentapropismo” se asocia cada vez más estrechamente a la “cultura de la pobreza” y a los “círculos viciosos del subdesarrollo”, descritos décadas atrás por los análisis clásicos de la estructura del atraso de las economías latinoamericanas. Es producto de la invención de un sinnúmero de nuevas estrategias de sobrevivencia, llevadas a cabo por una legión de obreros y empleados desocupados en plena expansión, la mayoría de las cuales resultan prácticamente improductivas, ya sea porque consumen mucho trabajo y agregan una ínfima cuota de valor o porque son actividades normales pero artificialmente sobredimensionadas en relación a los requerimientos del mercado. Un porcentaje muy pequeño de este tipo de trabajadores puede ubicarse en el contexto contrario y asociarlo a esa reducida fracción privilegiada de la población que modifica su desempeño profesional en función de los cambios tecnológicos y sociales, operados en el estrecho núcleo de actividades realmente modernizadas.

Si se analiza, en cuanto a la distribución social del ingreso, la expansión del primer tipo de cuentapropismo es, junto a la caída del salario real, la causa principal del proceso de empobrecimiento que vienen sufriendo desde mucho tiempo atrás los sectores populares; por el modo en que incide la relación social generada por el tipo de ocupación productiva y la experiencia surgida de la cooperación en el trabajo sobre la formación de las clases y de los sujetos sociales, el desarrollo de ese enorme repertorio de estrategias individuales de sobrevivencia diferentes, es responsable tanto de la reducción del volumen como de la pérdida de centralidad social y de protagonismo político de las grandes clases y sectores consolidados que dominaron la escena nacional durante el periodo precedente. Pero, esta disolución-transformación de las viejas clases sociales no va acompañada de la formación de otras identidades colectivas, no es desplazada y aminorada por el crecimiento de una nueva clase portadora de una nueva función económica esencial, como ocurrió, por ejemplo, con la relación clase media-clase obrera durante el peronismo.

La faz opuesta del proceso de desgranamiento de la clase obrera y de descomposición de la clase media es lo que podríamos denominar la "individualización del trabajo", o sea el crecimiento y complejización de ocupaciones que, por su propia naturaleza, no permiten fundar en algún tipo de experiencia económica-laboral compartida, algún otro tipo de identificación de intereses comunes y de sensación de pertenencia a un grupo social con historias y conductas comunes y semejantes. Por ello, a nuestro juicio, la disgregación de las clases sociales tradicionales se presenta como dispersión y "fragmentación social", como imposibilidad de ocupar los espacios dejados vacantes con los nuevos agrupamientos sociales potencialmente reemplazantes.

Los sectores populares se vuelven de ese modo mucho más heterogéneos, y en ese proceso de pérdida de centralidad, de dispersión, de "fragmentación" y de creciente desconocimiento de su identidad social y cultural, van perdiendo capacidad de lucha para defender sus intereses corporativos y el grado de autonomía política conquistado en el pasado. Esta ausencia de representación, traducida en la creciente impotencia manifestada, por ejemplo, por la CGT para defender los intereses corporativos de la clase obrera y por la eliminación, dentro del movimiento justicialista, de los ideales de justicia social distributiva, ha fortalecido los reiterados intentos por imponer, desde dentro y fuera de las organizaciones populares, leyes y disposiciones destinadas a precarizar aún más la remuneración y las condiciones de desempeño de los sectores asalariados.

### Exclusión social

El nuevo modo en que se combinan y retroalimentan las situaciones de desocupación más prolongada y de pobreza más profunda que abarca a no menos de una cuarta parte de la población, impone considerar una nueva cuestión de carácter fundamental: la exclusión social. En efecto, actualmente nadie deja de reconocer que el crecimiento económico de los últimos años ha producido un nuevo fenómeno: la marginación definitiva de un amplio sector de la sociedad que por diferentes razones —imposibles de analizar en este texto— no tiene ni tendrá posibilidad alguna de obtener empleo remunerado en ningún sector de la economía (Lo Vuolo, 1995). Un estudio reciente ha puesto de manifiesto, con datos cuantitativos, el debilitamiento progresivo del mercado y de la condición de trabajador asalariado como mecanismo central de integración social y, a la vez, el modo en que ello amenaza la estabilidad laboral en casi todos los sectores sociales, pero mucho más intensamente la de los grupos más desfavorecidos, reforzando en una especie de círculo vicioso de la pobreza su propia situación de marginalidad (Beccaria y López, 1996c).

Como ya lo hemos indicado, para una gran cantidad de analistas, el nuevo proceso de desocupación excluyente reproduce en las condiciones que le impone nuestro medio, la tendencia generalizada a reducir las demandas de empleo que priva actualmente en los países capitalistas desarrollados. La relación entre desocupación y exclusión social se ha convertido en Europa en algo de tanta envergadura que, tal como lo afirman Feldman y Murmis (1995) deja de ser pensado como un problema social para ser enfocado como el rasgo definitorio del cambio social contemporáneo. Preanuncia la próxima creación de una sociedad donde el trabajo no sólo pierde su papel central de integrador social sino que tiende a anularse a sí mismo, llevando hasta sus últimas consecuencias los más recientes desarrollos tecnológicos; la sociedad puede llegar a reducir el empleo a su mínima expresión sin modificar el ritmo actual de crecimiento de la producción. Por ello, para algunos, la gran cuestión por resolver no sería la reconstrucción del mundo del trabajo, como modo de reintegración de los sectores ya excluidos, sino la construcción de nuevos ámbitos alternativos de integración donde los actuales y los futuros damnificados por la disolución del mercado de trabajo tengan la posibilidad de integrarse plenamente al mundo de lo social. Otros autores aceptan el desarrollo de esta tendencia pero suponen que tendrá influencia real sólo en el largo plazo, razón por la cual plantean la urgente necesidad de volver a elaborar un programa político destinado a corregir, desde el Estado, las tendencias excluyentes que imponen las actuales relaciones de mercado.

También, en este caso, el núcleo estratégico de la relación existente entre desocupación, empobrecimiento y exclusión tiene muchos más componentes político-ideológicos que económicos, a pesar de lo que afirman, con abrumadora insistencia, los discursos economicistas predominantes. Y este modo de considerar la cuestión es mucho más pertinente cuando se analiza la situación de los países capitalistas periféricos. Entre nosotros, la secuencia desocupación-marginalidad-exclusión es disparada por causas diferentes a la de los países centrales, no es consecuencia del incremento de la riqueza de la sociedad ni es generada por el entrecruzamiento de los procesos de cambios asociados al desarrollo tecnológico y a la globalización; nace de la pobreza, de la incapacidad de crecer o de hacerlo adecuadamente, transformando los excedentes en inversión de capital, en mejoramiento de la infraestructura social y en aumento de la capacidad de consumo de la mayoría de la población.

A pesar de los enormes beneficios adicionales que ha podido acumular durante el último periodo de reformas, el sector empresarial privado sigue creciendo con base en una serie de "estrategias de adaptación", incapaz de ampliar en el mediano plazo la demanda de mano de obra. Como la política privatizadora y desreguladora le ha otorgado un papel exclusivo y excluyente en la orientación de la actividad económica, la empresa privada se ha convertido en el principal generador de esa masa en expansión de ciudadanos "excluidos", privados de recrear, mediante su integración al mundo del trabajo, ese núcleo de relaciones sociales primordiales en que se basa el *afecto societatis*. Con un porcentaje tan alto de ciudadanos con derechos políticos que han perdido su condición de productores y sus derechos sociales, Argentina ha invertido la contradicción que caracterizó la relación entre orden social y orden político de nuestra historia inmediata y recreado un grave problema que, como hemos indicado más arriba, parecía haber sido resuelto definitivamente hace más de cincuenta años.

Ahora se recorre un camino inverso, se coloca en una situación semejante a la que ha venido padeciendo desde siempre la mayoría de los países latinoamericanos. En ellos, la "exclusión" constituye un mal endémico e irresoluble que, cuando no es aminorado periódicamente a través de grandes desplazamientos migratorios, es absorbido por una especial "cultura de la pobreza", formada por un sinnúmero de diferentes estrategias de sobrevivencia, articuladas entre sí por medio de una extensa gama de redes solidarias. En nuestro caso, los nuevos damnificados deben enfrentarla en una clara situación de desventaja debido a que en la Argentina esa "cultura de la pobreza" ha sido insignificante y, salvo acotadas excepciones, fue sepultada en el olvido hace mucho tiempo por innece-

saria. La sociedad se enfrenta, por consiguiente, a un nuevo desafío: aprender a convivir con un nuevo tipo de población marginal que no se define solamente por su nivel y su cultura de la pobreza, sino por su creciente imposibilidad de establecer “relaciones primordiales” y de elaborar un mínimo sentimiento de pertenencia hacia un contexto social que sólo lo contiene a medias.

Frente a la incapacidad de construir alternativas propias, con base en modalidades adaptadas a nuestro medio de la tradicional “cultura de la pobreza”, el nuevo contingente de des-integrados va perdiendo todo tipo de referentes grupales comunes e ingresa en un proceso de disolución, de doble aislamiento respecto de un contexto que no lo requiere, y de sí mismo por su incapacidad de reencontrarse con sus semejantes, que ya no lo reconocen ni muestran capacidad de transformarse en un grupo de contención, defensor de sus derechos fundamentales. ¿Quién se hace cargo de las nuevas necesidades de todo tipo que tienen los desocupados-empobrecidos y marginados, inclusive de aquellas que les ayuden a reconocerlas, manifestarlas y darles un contenido social y político? Al generar aislamiento y disolución, las nuevas formas de exclusión refuerzan los mecanismos sociales y las ideologías que lo fomentan y van alejando cada vez más las posibilidades de construir estrategias de cambio tendientes a su solución. Al eliminar los canales de identificación y de representación simbólica y quebrantar los principios solidarios que fundan la sensación de pertenencia a un grupo o a una clase social, los mecanismos generadores de exclusión acrecientan la posibilidad de su reproducción ampliada.<sup>12</sup>

Al haber perdido su condición de sujeto social, los sectores populares han perdido también las posibilidades de constituirse en el punto de partida de un nuevo tipo de alianza social, que modifique el contenido de los conflictos actuales y elabore un nuevo proyecto social que los contenga y mejore simultáneamente la condición de los sectores derrotados durante la instalación de las políticas de ajuste. En ese contexto, debe comenzar a investigarse el problema de la crisis de identidad asociada a la crisis de la “militancia” social y política entre los sectores populares

<sup>12</sup> Algunos autores se aproximan a esta misma problemática redefiniendo el concepto de marginalidad social como marginalidad institucional (Raus, 1996). Otros han comenzado a elaborar un enfoque mucho más radical: la rápida constitución de dos subestructuras económico-sociales internas, aisladas e incommunicadas entre sí: una próspera y moderna ligada al mercado de exportación y otra tradicional y decadente asociada a la inexorable declinación del mercado interno (Martínez, 1996). No podemos determinar aún su valor explicativo porque han sido presentadas a modo de hipótesis y se refieren, además, a procesos regresivos y diferenciadores que se hallan todavía en pleno desarrollo.

y la ostensible decadencia de las instituciones y las formas de su representación gremial y política. Sin embargo, por el solo hecho de estar ahí, a la deriva, puede constituir la base de un nuevo tipo de conflicto: la amenaza latente de rebelión de los sectores excluidos. Una reacción siempre posible que, en la medida de su desarrollo, va creando sus propias formas: la generalización de la violencia individual, el estallido de brotes periódicos de violencia social carente de objetivos políticos o, menos probable, que utilice la condición de ciudadano a medias que aún conserva para integrar algún movimiento político o político-militar, carismático, reivindicativo de sus derechos sociales expropiados.

### ¿Crisis o decadencia?

¿Cómo podemos calificar a este complejo proceso de mutación social que hemos venido describiendo? Para el discurso oficial y probablemente también para la mayoría de los análisis independientes no comprometidos con el desarrollo de la estrategia liberal, la magnitud y la naturaleza de lo que la sociedad va perdiendo en cada instancia específica se explica por el modo que la crisis general de la sociedad se transforma en una serie casi infinita de crisis particulares. Cada institución, ámbito social, conjunto de relaciones o sistema de producción en crisis, es producto de un entrelazamiento entre los componentes de su propia crisis social general que la explica y le da sentido. Por esa causa todavía perdura esa profunda sensación de estar viviendo en el presente una situación precaria e inestable que sólo preanuncia un futuro incierto, plagado como antes, de una interminable sucesión de "situaciones de crisis" diversas. Para el sector que aprovechó las crisis para aumentar su patrimonio, sus ingresos y su poder, éstas son crisis de crecimiento, oportunidades para generar nuevas condiciones de progreso individual y social. Para el resto, las crisis son catastróficas, acosan, producen mengua y desorden, y por ello infunden temor y obnubilan involuntariamente el juicio.

Su origen oscuro, su complejo desarrollo y su carácter amenazante, se conjugan para provocar una percepción inmediatista y excesivamente fragmentaria de la realidad y una sensación de ingobernabilidad tan profunda y abismal que "saca de quicio" y hace predominar las sensaciones y las imágenes fragmentarias sobre la elaboración del raciocinio. Impide el desarrollo del análisis crítico y de un conocimiento más abarcativo de la realidad global, pero a pesar de sus limitaciones, este modo de conocimiento resulta muy útil para elaborar percepciones directas, articuladas a estrategias de acción inmediata, destinadas a neutralizar los efectos más notorios del desorden existente en el medio circundante.

El modo en que el desconocimiento de la naturaleza de las crisis incide en la exacerbación y deformación de la vivencia de la misma, y viceversa, es un tema fundamental para analizar la producción de las ideas y las propuestas políticas de los últimos años, pero se halla fuera de nuestro alcance y no tiene cabida en este texto.

Por lo anterior, suponemos que el conocimiento de la mayoría de los grandes cambios ocurridos se viene elaborando dentro del marco conceptual creado por la noción de crisis, ya sea ésta pensada como crisis del Estado, de agotamiento del modelo de acumulación preexistente, de reconversión de la estructura productiva, como crisis del sistema político, del mercado de trabajo, del sector externo, etc. Pero, en el mismo momento que se identifica se procede a descontextuarla, a pensarla como se hace con la mayoría de las crisis no recurrentes, a analizarla como fenómeno contingente, temporal y superable; provocada, en cada caso, por una infortunada conjunción de causas aisladas de diverso origen, y de carácter externo principalmente.

Nosotros creemos, por el contrario, que la adopción implícita de la idea de contingencia provoca una mala representación de las “situaciones de crisis” y que los discursos elaborados sobre estas situaciones proyectan, a su vez, una reconstrucción excesivamente fragmentada tanto de la realidad circundante como de los procesos históricos que conducen a ella. La adopción de un enfoque diferente, basado en la identificación y el estudio de posibles repeticiones y regularidades históricas causantes de ciertas “situaciones de recurrencia”, nos permite modificar la perspectiva: analizar la naturaleza de las crisis dentro de un proceso más amplio y complejo de “producción social de las crisis”. Pero, en esa aproximación al estudio del contexto social y de la recurrencia de las crisis, la noción misma de crisis se nos desvanece, pierde centralidad y tiende a cambiar de significado. En general han sido asociadas a la disolución de un cierto orden preexistente, pero las razones de ese des-orden no parecen hallarse en las crisis mismas sino en su recurrencia.

Por ello se les debería analizar con un criterio diferente, es decir como elemento desequilibrante y, a la vez, como factor contingente de reequilibrio de los desajustes periódicos provocados por una sociedad que no ha podido resolver adecuadamente ninguno de sus grandes dilemas históricos. La necesidad permanente de generar situaciones forzadas de reequilibrio en un marco de gran inestabilidad económica, social y política es la causa y no la consecuencia de la aparición periódica de ese mecanismo. Pero la causa de los desequilibrios que generan esa necesidad (de producir en forma recurrente situaciones forzadas de reequilibrio), tiene un origen y una naturaleza muy diferente a la de los procesos reequilibradores mismos, denominados “crisis”.

Aunque se perciban como crisis, las mutaciones sociales provocadas por la recurrencia de las mismas, son regresiones: agravan el presente estado de las cosas y nos obligan a afrontar un número creciente de problemas y conflictos del pasado, la mayoría de los cuales se creían definitivamente superados. El proceso de concentración articulado con la declinación económica iniciada en 1975 y con el modo de crecer con "cambio invertido" de los últimos años ha generado, en efecto, una sociedad más inequitativa, heterogénea e impermeable a los procesos de movilidad social que la que había llegado a consolidarse durante el transcurso de las tres décadas anteriores. Si analizamos sus consecuencias sociales, la mayoría de los cambios ocurridos en ese campo nos "retrotraen", nos obligan a volver a confrontarnos permanentemente con el pasado. Implica, por lo tanto, la elaboración de una mirada que rescata obligadamente las imágenes de ese pasado, en función de la perspectiva que le imponen las vicisitudes del presente; compara el presente con su propio pasado. Pero, si se invierte la dirección de la mirada, observando la situación creada en el presente desde la perspectiva que aporta el conocimiento de ese pasado, el uso de la idea de "regresión" resulta impropio; no permite mencionar ni calificar a las características del periodo, es decir, del proceso de transformaciones que enlaza ambos momentos históricos.

En ese caso, nos parece más ajustada a nuestros propósitos la noción de "decadencia", que contiene un significado más preciso y nos permite, además, aprovechar adecuadamente su propiedad principal, es decir su sentido descriptivo, comparativo y también valorativo.<sup>13</sup> Para nosotros, algo o alguien decae a lo largo del tiempo cuando sufre una pérdida y viene a menos; es decadente o está en decadencia cuando sufre un menoscabo más o menos permanente, cuando ha sido privado o está siendo privado de ciertos atributos, de ciertos rasgos característicos ostentados en el pasado y considerados "valiosos" o "positivos" en contraste con la situación actual, o al momento en que se detiene el análisis comparativo.<sup>14</sup>

Por lo tanto, una situación social del presente, creada por un tipo de acción que retrotrae, puede ser calificada como "regresiva" debido a que recrea y adopta un conjunto definido y discreto de rasgos pertenecientes a una situación social del pasado. Pero puede concebirse también como

<sup>13</sup> La noción misma de "equidad social", a partir de la cual analizamos los cambios sociales ocurridos, remite a una situación ideal, próxima a la utopía y es fuertemente valorativa (Sidicaro, 1995).

<sup>14</sup> En un trabajo dedicado a analizar la naturaleza de la "exclusión social" en México, S. Zermeño propone incorporar una noción de "decadencia" similar a la nuestra, aunque más estrechamente ligada a las concepciones de Durkheim.

“decadente” si se parte del supuesto de que ese retrotramiento es producto de un proceso histórico que produce mengua y empobrecimiento, que implica la pérdida de un conjunto valioso de atributos propios.

Desde nuestro punto de vista, ese múltiple proceso de concentración, asociado tanto al estancamiento como al crecimiento económico, que nos retrotrae a etapas pretéritas produciendo una extraña y contradictoria situación de decadencia en el ámbito social, aparentemente irreversible, no ha sido imprevisible ni impuesto por circunstancias ajenas al control social, como si se tratara de una catástrofe inevitable. No es un cataclismo, es la consecuencia de un prolongado enfrentamiento de clases destinado a definir los criterios de distribución del ingreso, el contenido de la hegemonía política y el control del aparato del Estado vigente durante cincuenta años y resuelto (¿definitivamente?) durante el último periodo de gobierno peronista con la institucionalización de un nuevo tipo de “Estado predatorio” impuesto por el gobierno del presidente Menem (Borón, 1995). La agudización del proceso de concentración de propiedades y capitales y la orientación de las masivas transferencias de ingresos hacia los sectores de la cúspide, son la causa y a la vez el resultado de una profunda modificación del anterior esquema de correlación de fuerzas sociales y políticas, en perjuicio de los sectores populares y a favor de los sectores sociales asociados al desarrollo de una nueva clase dominante en pleno proceso de transformación.

Es bien sabido, sin embargo, que un cambio de tal naturaleza no genera necesariamente efectos recesivos ni en la organización de la producción ni en la dinámica de las clases sociales. Abundan los ejemplos de situaciones históricas en que ha ocurrido lo contrario. ¿Por qué razón, entonces, el gran enriquecimiento de los sectores de la cúspide y la transformación de la clase dominante en la Argentina posterior a 1975 generan inestabilidad, estancamiento y decadencia social a través del proceso de concentración de la propiedad y de los ingresos? ¿Por qué razón su crecimiento económico, prosperidad y mayor poder, tanto el del pequeño grupo que la auxilia como el del que la acompaña exitosamente, parecen depender en gran medida de la desarticulación del Estado de bienestar y de la eliminación de un sinnúmero de conquistas sociales y de posibilidades de progreso de los sectores populares? ¿Por qué razón en este nuevo tipo de capitalismo periférico “desprotegido” la condición social de la ampliación y aceleración del proceso de acumulación de capital es el empobrecimiento, la exclusión y la fragmentación social?

No hemos encontrado respuesta a esas interrogantes todavía, pero nuestra ignorancia no nos impide reafirmar una de nuestras certezas: es imposible elaborar adecuadas explicaciones sobre esta compleja serie de

cuestiones parciales si no nos decidimos a encarar previamente el meollo de la cuestión, su génesis social e histórico, o sea el estudio del tipo de relación que se ha ido estableciendo entre las insuficientes estrategias de crecimiento y de acumulación de capital, verificadas en las distintas etapas de nuestra reciente evolución histórica, las características del orden social prevaleciente y la naturaleza cambiante de nuestra clase dominante.

Pero, todo ello deberá ser obviamente objeto de otra indagación.

Recibido y revisado en junio de 1997

Correspondencia: Instituto Gino Germani/CONICET, Universidad de Buenos Aires/Cabello 3957 (8D)/Buenos Aires/Argentina/fax 021 720393/e-mail arpuccia@isis.unlp.edu.ar

### Bibliografía

- Aspiazu, D. (1994), "La industria argentina ante la privatización, la desregulación y la apertura asimétrica de la economía", en Aspiazu y Nochteff, *El desarrollo ausente*, Buenos Aires, Tesis-Norma.
- \_\_\_\_\_ y H. Nochteff (1994), *El desarrollo ausente*, Buenos Aires, Tesis-Norma.
- Aspiazu, D. et al. (1989), *La revolución tecnológica y las políticas hegemónicas*, Buenos Aires, Legasa.
- Astarita, Rolando (1993), "Plan Cavallo y ciclo de acumulación capitalista", *Cuadernos del Sur*, octubre.
- Barbeito, A. y R. Lo Vuolo (1992), *La modernización excluyente*, Buenos Aires, UNICEF-Losada.
- Beccaria, Luis (1991), "Distribución del ingreso en la Argentina", *Desarrollo Económico*, núm. 123, octubre-diciembre.
- \_\_\_\_\_ y P. Vinocur (1992), "La pobreza del ajuste o el ajuste de la pobreza", *Ciencia Hoy*, vol. 4, núm. 20, julio-agosto, pp. 40 y ss.
- Beccaria, Luis y N. López (eds.) (1996a), *Sin trabajo*, Buenos Aires, UNICEF-Losada.
- \_\_\_\_\_ (1996b), "Notas sobre el comportamiento del mercado urbano", en Beccaria y López (eds.), *Sin trabajo, op. cit.*
- \_\_\_\_\_ (1996c), "El debilitamiento de los mecanismos de integración social", en Beccaria y López (eds.), *Sin trabajo, op. cit.*
- Borón, Atilio (1995), "El experimento neoliberal de C. S. Menem", en *Peronismo y Menemismo*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1995.
- Bustos, Pedro (ed.) (1994), *Más allá de la estabilización*, Buenos Aires, Fundación F. Ebert.
- Bouzas, Ricardo (1993), "Más Allá de la estabilización y la reforma", *Desarrollo Económico*, vol. 33, núm. 129, abril-junio, pp. 20 y ss.
- Braun, Óscar (ed.) (1973), *El capitalismo argentino en crisis*, Buenos Aires, Paidós.

- \_\_\_\_\_ (1973), "Desarrollo del capital monopolista en la Argentina", en O. Braun (ed.), *op. cit.*
- Castañeda, Jorge (1995), "De la apertura al abismo", en *Página 12*, 16 de abril.
- CEPAL (1995), *América Latina. Informe económico preliminar 1994-95*, Santiago de Chile, CEPAL.
- Curia, Eduardo (1995), "La óptica de los banqueros es peligrosa", en *Clarín*, 15 de septiembre.
- Diamand, Marcelo (1973), *Doctrinas económicas, desarrollo e independencia*, Buenos Aires, Paidós.
- Díaz, Alejandro C. (1970), *Ensayos sobre historia económica argentina*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Feijó, María (1972), "Los gasoleros", en A. Minujin (ed.), *Cuesta abajo*, Buenos Aires, UNICEF-Losada.
- Feldman, S. y M. Murmis (1992), "La heterogeneidad social de las pobrezas", en A. Minujin (ed.), *Cuesta abajo, op. cit.*
- \_\_\_\_\_ (1995), "De seguir así", en Beccaria y López (eds.), *Sin trabajo, op. cit.*
- Ferrer, Aldo (1963), *La economía argentina*, Buenos Aires, FCE.
- Frenkel, D. *et al.*, (1996), "De México a México. El desempeño de América Latina en los 90", *Desarrollo Económico*, vol. 36, núm. especial, verano, pp. 51 y ss.
- Frigerio, Rogelio (1995), "La crisis está en el plan", en *Clarín*, 12 de noviembre.
- \_\_\_\_\_ (1996), "Hay que abandonar esta economía defensiva", en *Clarín*, 25 de diciembre.
- Gerchunoff, P. y L. Machinea (1994), "Un ensayo sobre la política económica después de la estabilización", en P. Bustos (ed.), *Más allá..., op. cit.*
- Gerchunoff, P. y A. Cavanese (1996), "Reformas estructurales, productividad y tipo de cambio", *Desarrollo Económico*, núm. especial, vol. 36, pp. 7-21.
- Halperín, Jorge (1992), "¿Hay una cultura de la caída?", en A. Minujin (ed.), *Cuesta abajo, op. cit.*
- Herrera, Manuel (1995), "Hay que corregir esta política económica", en *Clarín*, 17 de noviembre.
- Karol, Jorge (1992), "Modos de empobrecer: la clase media a través de la hiperinflación", en A. Minujin (ed.), *Cuesta abajo, op. cit.*
- Katz, J. y B. Kosacoff (1989), "El proceso de industrialización en la Argentina", Buenos Aires, CEAL-CEPAL.
- Kessler, Gabriel (1994), "Algunas implicancias de la desocupación para el individuo y su familia", en Beccaria y López (eds.), *op. cit.*
- Kosacoff, Bernardo (1994), "La industria argentina, un proceso de reestructuración desarticulada", en P. Bustos (ed.), *Más allá de la estabilidad*, Buenos Aires, Fundación F. Ebert.
- \_\_\_\_\_ (1996), "El desafío de la productividad", en *Clarín Económico*, 8 de diciembre.
- Maas, Pedro (1996), "La nueva liquidez", en *Clarín Económico*, 17 de noviembre.
- Martínez, Enrique (1996), "Enfoque", suplemento *Cash*, en *Página 12*, 17 de noviembre.

- Marshall, Adriana (1989), *Políticas sociales. El modelo neoliberal*, Buenos Aires, Legasa.
- Minujin, Alberto (1992), "En la rodada", en A. Minujin (ed.), *Cuesta abajo, op. cit.*
- y G. Kessler (1995), *La nueva pobreza en la Argentina*, Buenos Aires, Planeta.
- Mimsburg, N. y H. Valle (coords.) (1995), *Argentina hoy. Crisis del modelo*, Buenos Aires, Letra Buena.
- Montenegro, Maximiliano (1996a), "Exportaciones", en *Página 12*, 8 de diciembre.
- (1996b), "Gasto social: poco y mal asignado", suplemento *Cash*, en *Página 12*, 12 de mayo.
- (1996c), "Pobres al por mayor", en *Página 12*, 11 de septiembre.
- (1996d), "Desempleo", suplemento *Cash*, en *Página 12*, 7 de julio.
- Monza, Alfredo (1995), "Situación actual del mercado de trabajo en Argentina", en A. Monza, *Libro blanco sobre el empleo en Argentina*, Buenos Aires, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Mutchnik, Daniel (1996), "Avanza la distribución regresiva del ingreso", en *Clarín*, 17 de junio.
- Nochteff, Hugo (1991), "Reestructuración industrial en la Argentina", *Desarrollo Económico*, núm. 123, octubre-diciembre.
- (1994), "Los senderos perdidos del desarrollo", en Aspiazú y Nochteff, *op. cit.*
- Nun, José (1989), "Cambios en la estructura social de la Argentina", en Nun y Portantiero, *Ensayos sobre la transición democrática*, Buenos Aires, Punto Sur.
- Raus, Diego (1996), "Argentina: las condiciones de la gobernabilidad" (mimeo.).
- Sidicaro, Ricardo (1995), "Poder político, liberalismo económico y sectores populares en la Argentina", en A. Borón, *Peronismo y menemismo*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto.
- Tenti, Emilio (1992), "La escuela en el círculo vicioso de la pobreza", en A. Minujin (ed.), *Cuesta abajo, op. cit.*
- (1993a), *La escuela vacía*, Buenos Aires, UNICEF-Losada.
- (1993b), "Cuestiones de exclusión social y política", en A. Minujin (ed.), *Desigualdad y exclusión*, Buenos Aires, UNICEF-Losada.
- Tokman, Víctor (1996), "La especificidad del problema del empleo en América Latina", en Beccaria y López (eds.), *op. cit.*
- Torrado, Susana (1992), "Estructura social de la Argentina", Buenos Aires, Ediciones de la flor.
- Schwarzer, Jorge (1996), "La industria que supimos conseguir", Buenos Aires, Planeta.
- (1995), "Todavía en la cuerda floja", en *Clarín*, 20 de diciembre.
- Zermeño, Sergio (1989), "El regreso del líder: crisis, neoliberalismo y desorden", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 51, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 119-122.
- Zlotogwiazda, Marcelo (1996), "El dilema de la botella", en *Página 12*, 23 de noviembre.